

## **El milagro de las lavanderas**

Bajando hacia el Puente de Toledo el caminante se encontraba llegando al Manzanares con un deslumbrante marco de sábanas y ropas blancas al otro lado de los cuales estaban las lavanderas, sentadas en banquetas o cajones y en su mayoría sobre sus rodillas o talones, haciendo una colada. Descargaban furibundos paletazos y de vez en cuando se levantaban para colgar los trapos en los tendederos formados de estacas y sogas.

El miércoles 12 de mayo de 1886 prometía ser un hermoso día de primavera, con un sol brillante y un cielo azul. Por la tarde, pasadas las seis, mientras las lavanderas hablaban mientras hacían su trabajo. Solo faltaban tres días para subir a la romería en la pradera de San Isidro, cuando observaron que del suroeste venían unas nubes negras, que en unos minutos pasó a ser una lluvia torrencial con granizo, ensordecedores truenos y relámpagos en el horizonte de Carabanchel. Siguió un fuerte viento que se transformó en un ciclón y convirtió en un huracán, que alcanzó una velocidad de 320 kilómetros por hora.

El más grande que se recuerda haya azotado Madrid.

El huracán bajó desde San Isidro al río después de arrancar la techumbre del palacio de Vista Alegre y parte de sus árboles, destrozó la barriada de El Porvenir del Artesano, cruzó el Manzanares, subió hacia la Puerta de Toledo, barriando cuantas todas las casuchas existentes entre el Paseo de Yesería y la Ronda de Toledo y penetró en el centro de la ciudad, con especial intensidad por Atocha, el Jardín Botánico, el Buen Retiro y perdiéndose finalmente mas allá de las Ventas del Espíritu Santo.

El huracán duró apenas quince minutos, pero dejó cuarenta y siete muertos, mas de trescientos heridos, diez mil árboles

arrancados de raíz, tres mil faroles caídos y destruyó dos millares de viviendas. Solo en el parque del Retiro y el Jardín Botánicos destrozó a quinientos grandes árboles centenarios; se llevó todo el tejado del Casón del Buen Retiro y dos de sus fachadas neoclásicas; arrastró y tiró carruajes y tranvías. Uno de éstos fue levantado a dos metros de altura y lanzado a diez metros de distancia, causando la muerte de 14 pasajeros. El agua que bajaba por la calle de la Montera inundó la Puerta del Sol alcanzando hasta más arriba de las rodillas de los que estaban allí y vieron saltar las ventanas y tejas de la Casa de Correos, se desvió por la carrera de San Jerónimo llegó a Canalejas, descendiendo como un furioso torrente hacia el Paseo del Prado. Los cedros de la plaza del Congreso se cayeron y uno de ellos mató a un viandante. En la Plaza de Antón Martín un niño empujado por el viento fue se cayó ante un carruaje, muriendo aplastado y se llevó el techo, puertas y ventanas de un local donde se daba de comer a los pobres, hiriendo a siete. Un muro fue derribado matando a dos obreros \*.

Fue, repito, el más grande huracán de jamás ha azotado Madrid, dejando a su paso la muerte y desolación. Y dejó también el más claro testimonio histórico que tenemos de la protección de la Virgen de la Paloma, más allá de los relatos, que durante décadas estaban en boca de ciegos y mendigos, cuentos y leyendas y los impresos pliegos de cordel que se exhibían y vendían colgados de bramantes en los portales, tiendas y tabernas.

En el llamado lavadero de Frascuelo, cerca de la glorieta de Pirámides, ochenta y cinco lavanderas y media docena de hombres se habían refugiado allí cuando empezó el diluvio. Pronto llegó el huracán que derrumbó el techo del cobertizo y dejó bajo los escombros a sesenta personas. Dos lavanderas, madre e hija, fueron de las que se libraron y corriendo emprendieron el camino hacia la Puerta de Toledo. Cesó el

viento ciclónico y se tomaron un respiro sentándose en un banco de piedra, bajo la lluvia. Y de pronto sintieron que empezaba a hundirse en un tremendo socavón, originado por una de las viejas galerías que de desagüe.

Lograron escapar mientras la piedra y la tierra parecían ser tragadas por el grande y hondo agujero y al llegar a su casa se dieron cuenta de que no habían cesado de pedir ayuda a la Virgen de la Paloma, primero en el cobertizo y luego en el banco y atribuyeron el milagro de no haber muerto y ni siquiera resultar heridas, siendo salvadas de los dos gravísimos peligros.

Es el hecho más portentoso, próximo históricamente a nosotros que he encontrado entre tantos de los aquí mencionados. Un creyente es un hombre que está convencido, seguro, de que Dios interviene en la historia, directamente o a través de la Virgen, Jesucristo, los santos o los ángeles. El hombre que solo cree en un Ser Supremo lejano, indiferente, a la humanidad y el cosmos, no es un cristiano.